

## I.

—Hay cerca del Gran Belt un viejo castillo de gruesos y encarnados muros—dice el viento.—Le conozco ladrillo por ladrillo. Los ví mucho antes, cuando estaban en el *Marsk-Stig*; pero derribaron la fábrica y con el mismo material hicieron otro muro, otro castillo, el de Borreby, que todavía existe.

—Yo ví y conocí a los nobles caballeros y damas, a las varias familias que le habitaron; pero hoy voy a contaros la historia de Valdemar Daa y sus hijas.

Él llevaba siempre alta la cabeza. Descendía de reyes, y como decía a menudo, sabía más que cazar un ciervo y apurar un jarro lleno de vino.

—La castellana marchaba siempre desdeñosa, arrastrando el vestido de brocado sobre el suelo de maderas bruñidas.

Los tapices eran magníficos; los muebles de valor y tallados. Las vajillas de plata y oro; en las bodegas sobraba cerveza y se oía relinchar a los caballos en las cuadras. Ese era el castillo de Borreby cuando la riqueza habitaba en él.

—Tenían tres hijas: tres doncellas, Ida, Juana y Ana Dorotea; todavía me acuerdo de los nombres.

Eran ricos y nobles, gente nacida y criada en la abundancia. ¡Huid!, decía el viento y empezaba otra vez.

—Nunca ví allí, como en otros castillos, a la castellana, hilar rodeada de sus doncellas; aquí cantaba, acompañándose de un laúd, no sólo nuestras viejas canciones dinamarquesas, sino también, romances en lenguas extranjeras. Todo era diversiones y fiestas; llegaban huéspedes de la comarca y extranjeros, y entonces eran las músicas y los brindis.

—Llegó la fiesta de Mayo. Venía yo del Oeste; había visto encallar los barcos en los arenales de Jutlandia, pasado los llanos y costas boscosas, y atravesando la Fionia crucé el Gran Belt cantando y bailando. Me paré a descansar en Zelandia, junto a Borreby, donde aún había un bosque magnífico.

Los mozos buscaban las ramas tronchadas, las mayores y más secas que podían encontrar. Las llevaron al pueblo, hicieron un montón con ellas, las prendieron fuego, y mozos y mozas cantando empezaron a bailar a su alrededor.

—Yo no me movía—decía el viento—pero callandito soplé a la rama del mejor mozo, la rama se encendió, de ella salió la primera gran llama, le hicieron rey de la fiesta y eligió la reina. ¡Qué bullicio, qué alegría! Mayores que la de los ricos en el viejo castillo de Borreby.

—Y por el camino del castillo, en una carroza

dorada, tirada por seis caballos, llegó la señora, con sus tres hijas, esbeltas y jóvenes; tres flores: una rosa, un lirio y un pálido jacinto. La madre parecía un tulipán, más tiesa que si temiese quebrarse en medio de la gente que dejaba la fiesta para arrastrarse casi junto a la carroza.

—La rosa, el lirio, el pálido jacinto, las ví a las tres. ¿Quién las elegiría por reinas?—pensé.—Algún linajudo caballero; tal vez un príncipe. ¡Huíd... huíd!

—Y el tiempo huyó, y en Borreby, Fjoereby y en todos los pueblos se preparaban para el verano.

—Pero por la noche, cuando yo me levanté—decía el viento—se acostó la noble castellana para no levantarse más. La sucedió lo que a todos los hombres, esto no es nada nuevo. Ví a Valdemar triste y sombrío: las hijas lloraban y en el castillo todos se secaban los ojos; la castellana huí y yo huí también.

—¡Huíd, huíd! Los hombres también!

## II.

—Volví, volví a menudo atravesando la Fionia y el Gran Belt y me paraba en la playa de Borreby, junto al gran bosque de hayas. Allí había toda clase de pájaros, palomas, cuervos azules y hasta una cigüeña negra. Era a la entrada de la

primavera, y las aves tenían en sus nidos, unas huevos, otras pollos.

—¡Cómo volaban confundidas gritando! Uno tras otro se oían los golpes de hacha. Talaban el bosque. Valdemar quería hacer un navío de tres puentes para vendérselo al rey, y por eso destruía el bosque, asilo de las aves. Las picazas volaban chillando y destruyendo sus nidos; todos los pájaros del bosque perdieron su albergue y volaban gritando de ansiedad y de ira. Yo les entendía bien. Los cuervos y los grajos gritaban:

—¡Del nido, del nido, volad, volad!

—Y en medio del bosque estaban Valdemar y sus hijas sin ocuparse en los gritos de las aves. Pero cuando fueron a cortar un árbol medio seco en el que había un nido de cigüeñas, al ver a las crías que asomaban las cabezas por encima del nido, Ana Dorotea, la más pequeña, rogó por ellas, rogó con lágrimas en los ojos, y por eso dejaron aquel árbol.

—¡Era tan poca cosa! — Talaron, serraron e hicieron el navío de tres puentes.

El maestro que dirigió las obras era de baja cuna, pero listo y vivo. Bien lo decían aquellos ojos y aquella frente. Valdemar le oía con gusto, y también Ida, la mayor de las hijas, que ya tenía quince años. Y mientras para el padre hacía el barco, hizo todo un castillo en el aire, en el que él e Ida eran marido y mujer. Y ello habría lle-

gado a ser el castillo de cal y canto, con muros y fosos, jardín y bosques; pero con toda su ciencia el maestro era un pobre diablo, y cada oveja con su pareja.

¡Huid! Y yo huí y él se fué, porque no podía quedarse.

—En las cuadras piafaban unos caballos negros dignos de verse, y los veían.

—El rey mandó a su almirante para ver el barco y tratar de su compra, pero le gustaron más los caballos.

—Yo lo oí bien, decía el viento; yo entré con los señores por la gran puerta, jugando con la paja, que como lluvia de oro dejaba caer a sus pies.

—El almirante quería los caballos, Valdemar mucho oro; pero no se arreglaron ni se vendió el barco, que quedó en la playa cubierto con tablas: una arca de Noe que nunca llegó al agua. ¡Era lástima!

—En el invierno, cuando los campos estaban cubiertos de nieve, los hielos llenaban el Gran Belt y yo los echaba sobre la costa—decía el viento;—vinieron los cuervos y grajos en bandadas, una más negra que otra, a posarse en el navío muerto y desierto; y sus gritos se perdían en el bosque talado, donde tantas aves habían perecido, y todo por el inmenso artefacto, que nunca se hizo a la mar.

—Yo levantaba remolinos de nieve, que pasa-

ban sobre él como olas de espuma. Le hice oír mi voz, le enseñé lo que era una tormenta. Hice lo que pude para que supiera lo que debe saber un barco. ¡Huíd, huíd!

Y el invierno pasó así, y el verano también como la nieve, las primeras flores y las hojas que cayeron. ¡Huíd, huíd! ¡Los hombres también!

Pero todavía las hijas eran jóvenes. Ida, una rosa, que aún alegraba los ojos, como cuando se hizo el barco. Yo solía meterme entre su pelo, largo y castaño; andaba pensativa por el jardín y no notaba que le ponía flores en el cabello mientras miraba los crepúsculos rojizos al través de los árboles oscuros del parque.

Su otra hermana era el lirio, esbelta y altiva, de porte señorial y, como su madre, hecha de una pieza. Solía pasearse por el gran salón de retratos. Las damas iban vestidas de seda y terciopelo, y llevaban un sombrerito bordado de perlas, levantado por un lado. Los hombres llevaban armaduras, mantos y golas. ¿Dónde colgaría su retrato? ¿Y cómo sería el de su marido? Esta era su idea constante, sobre ella monologaba y yo la oía, cuando por el gran corredor entraba, daba la vuelta y me volvía otra vez.

Ana Dorotea, el pálido jacinto, era una niña de catorce años, callada y reflexiva. Sus ojos de azul de agua parecían siempre pensativos; pero tenía constantemente en los labios la sonrisa de los niños; no podía llevármela; tampoco lo quise.

La encontraba en el jardín, en las sendas del bosque y en los campos, cogiendo flores y hierbas, que su padre destilaba en gotas y bebidas.

—Valdemar Daa era altivo y reservado, pero verdadero sabio, que había estudiado mucho. Esto se notaba al instante y hasta era objeto de murmuración. En su cuarto había siempre lumbre, hasta en verano. La puerta estaba siempre cerrada, y así pasaba a veces días y noches; pero hablaba poco de ello. Si se pudieran dirigir las fuerzas naturales pronto encontraría lo mejor, el oro rojo. Y he aquí porqué la chimenea echaba humo, y a veces chispas y llamas. Allí estaba yo también—contaba el viento.—¡Déjalo, déjalo! cantaba yo en la chimenea—Sólo sacas humo, calor y cenizas. ¡Te pierdes! ¡Huíd, huíd! pero Valdemar no desistía.

—Los magníficos caballos ¿dónde estaban ahora? ¿Las vajillas heredadas de padres a hijos, las vacas del campo, las tierras y el castillo? Ya podían fundirse en un hornillo, el oro no venía. Todo se iba vaciando. Menos gente, más ratones. Un cristal saltaba, otro se rompía; ya no tenía que entrar por la puerta, decía el viento.

—Yo soplabo en la puerta de entrada como un guarda que tocase el cuerno; pero ya no había guarda. Yo daba vueltas al gallo de la veleta, que rechinaba como un centinela dormido que roncase; pero tampoco había centinela, sólo ratones y ratas. Pobreza en la mesa, pobreza en el vestir,

pobreza en la despensa. Las puertas se salían de los goznes y, el muro se abría y agrietaba. Yo entraba y salía, por eso estoy en detalles. Y de la ceniza y la desaparición y de las noches en claro el pelo le encaneció en la barba; y en la frente, la piel amarillenta se llenó de surcos, y los ojos brillaban con la fiebre del oro, del oro tan esperado.

—Yo le soplabo ceniza en el bigote y en la cara. Y en lugar del oro venían las deudas. Yo cantaba por los cristales rotos y las grietas de los muros, entraba soplando hasta la habitación de las hijas, que ahora andaban con la ropa deslucida por el uso. Tanta riqueza se había trocado en miseria. Yo sólo era el que cantaba en el castillo. Yo les arremoliné la nieve alrededor, eso dicen que abriga. Dentro no tenían leña, habían cortado el bosque. ¿Dónde iban a buscarla? Cayó una helada buena: yo andaba por las saeteras y corredores, por las puertas y los muros para conservarme en movimiento, y en el castillo las nobles hijas de Valdemar Daa tiritaban de frío y el padre se cubría con una piel.

—Al invierno sigue la primavera—decía él;—tras la necesidad los días felices; pero se hacen esperar. Ahora el castillo está hipotecado. Es el último respiro; pero vendrá el oro. Para Pascua.

—Le oí murmurar junto a una tela de araña: ¡Oh insecto tejedor! Tú me enseñas a ser constante. Se rompe tu tela, pues empiezas otra vez hasta acabar. ¿Otra vez rota? Pues otra vez im-

perturbable desde el principio. Desde el principio, así debe ser. Y eso se recompensa.

Era el día de Pascua. Se oían las campanas. El sol jugaba en el cielo. [Él, ya con fiebre, había velado, fundiendo y enfriando, destilando y haciendo mezclas. Le oí suspirar como un desesperado, le sentí rezar y contener el aliento. La lámpara se había apagado, él no lo había advertido. Yo soplé a las brasas, su brillo le dió en la cara, y el rostro, blanco como el yeso, tuvo una aurora de color. Los ojos se le hundieron en las profundas órbitas, luego se agrandaron como si fueran a saltar.

—¡Mirad el cristal de la retorta! Brilla, enrojece... es puro... y pesa. La levantó, le temblaban las manos y gritó con temblorosa lengua: ¡Oro, oro! Se sintió desvanecer. Yo hubiese podido tirarle al suelo, dijo el viento; pero soplé sólo a las brasas y le seguí a través de la puerta, hasta donde las hijas estaban pasando frío. Levaba la ropa llena de ceniza, que le colgaba del bigote y del pelo. Volvió a erguirse otra vez.— ¡Resuelto, resuelto! Oro!—gritó levantando el cristal que brillaba al sol. Y volvió a temblar, la retorta cayó al suelo y saltó en mil pedazos. ¡Rota estaba la última pompa de jabón de su opulencia! ¡Huíd, huíd! Y yo huí del castillo del alquimista.

—Ya muy entrado el año, en los días cortos de allá arriba, cuando viene la niebla con su paño su-

cio, y humedece los majuelos y las ramas sin hojas, llegué yo de buen humor, limpié en dos soplos el cielo, y me llevé de paso las ramas podridas. Este no es un gran trabajo, pero hay que hacerlo. También dentro de Borreby, en casa de Valdemar, limpiaban a su modo. Su enemigo *Ove Ramel de Randers* había comprado el crédito de la casa y muebles. Yo hacía retemblar los cristales, golpeaba en las puertas y silbaba por las rendijas y grietas, por ver si al señor Ove se le quitaba la idea de quedarse allí. Ida y Ana Dorotea tenían el valor de llorar; Juana estaba tiesa y pálida, mordiéndose en los labios hasta hacerse sangre. ¡Gran remedio! Ove Ramel quiso dejar el castillo a Daa mientras viviese; pero ni le dieron las gracias por ello: yo estaba allí para contarle. Ví al señor sin castillo levantar la cabeza más altivo que nunca; entonces dí tal embestida al castillo y a los viejos tilos, que la rama más gruesa saltó, y aquella no estaba podrida. Allí quedó como una escoba, a la puerta, por si había que barrer algo. Y ¡vaya si barrieron! Ya lo decía yo.

—Fué un día de prueba, una hora amarga, pero tenían el alma dura, la nuca rígida.

—Ya sólo tenían lo que el cuerpo llevaba encima y una retorta nueva, llena de las raspaduras de la rota: recogidas del suelo; el tesoro que prometía, pero que no se entregaba. Valdemar la escondió con cuidado; luego cogió su báculo y el señor que fué poderoso, salió con sus tres hijas de

Borreby. Yo soplaba frío en sus mejillas ardientes; yo acariciaba su bigote cano, su pelo blanco y largo, y cantaba tan fuerte como podía: ¡Huíd! ¡Huíd! Este es el fin de tanta riqueza.

—Ida y Ana Dorotea iban una a cada lado del padre. Juana se volvió al llegar a la puerta. ¿Para qué? La fortuna no había de volver. Estuvo mirando a los ladrillos rojos del castillo de *Marsk Stig* y se acordó de sus hijas.

—La mayor la cogió de la mano  
y así fueron las dos por el mundo. (1)

—¿Se acordó de este romance? Aquí eran tres y el padre iba también. Fueron por el camino donde habían paseado en carroza; iban a *Smidstrup*, a una casa de barro, alquilada por diez marcos al año; el nuevo castillo señorial tenía las paredes desnudas. Los cuervos y los grajos volaban sobre ellos y gritaban burlándose:

—¡Del nido! ¡Del nido! ¡Volad! ¡Volad! como los pájaros cuando talaron el bosque de Borreby.

—Valdemar Daa y sus hijas lo notaron. Yo les zumbaba en los oídos. ¡Para qué habían de oírlo!

—Y llegaron a la casa de *Smidstrup*; yo huí por encima de las charcas y los campos, y al través de los setos sin hojas y los bosques desnudos, a mar abierto, a otros países.

—¡Huíd! ¡Huíd!

(1) Se alude a una tradición dinamarquesa.

## III

¿Qué fué de Valdemar Daa? ¿Qué fué de sus hijas?

El viento cuenta:

—La última que yo ví, y por última vez, fué Ana Dorotea, el pálido jacinto. Era ya una anciana encorvada. Había pasado medio siglo. Sobre vivió a todas y ella sabía toda la historia.

Al otro lado de la vega, cerca de Biborg, estaba la casa nueva del pastor. Desde el mirador, por encima del jardín, su mujer y sus hijas miraban al campo.

—¿Qué miraban?

Un nido de cigüeñas en una casa que se está hundiendo. El tejado, donde le había, era de paja y musgo. La mayor parte de él casi era el nido del pájaro, el único que ayudaba un poco a conservarlo.

—Era una casa de mírame y no me toques. Yo había de tener mucho cuidado de ella, decía el viento. Sólo por la cigüeña se toleraba que estuviese allí avergonzando a la vega. El pastor no quería que la echasen; así las cuatro paredes seguían en pie, y la infeliz que allí vivía tenía ese abrigo. Ya podía agradecersele al pájaro egipcio: ¡lo era tal vez la recompensa porque un día lloró

por el nido de una hermana suya en el bosque de Borreby? Entonces era una niña, un pálido jacinto de aristocrático parterre. Ella lo sabía todo: Ana Dorotea.

—¡Ah, sí! los hombres pueden suspirar como el viento en los cañaverales. ¡Ah! ¡no tocaron las campanas sobre tu tumba, Valdemar Daa! ¡Los niños pobres de las escuelas no fueron cantando cuando llevaron a la tierra al que fué señor de Borreby! ¡Todo acaba, hasta la miseria! La hermana Ida casó con un labrador. ¡Esto fué la prueba más ruda para el padre! ¡El marido de su hija era un miserable pechero! ¿Ahora también estará bajo tierra? ¿Y tú también, Ida? ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Y todavía no ha acabado. ¡Desgraciada de mí, pobre vieja! ¡Líbrame ya, piadoso Cristo!

—Esta era la oración de Ana Dorotea en la mísera choza que dejaban estar en pie por causa de la cigüeña.

—De la hermana más valiente me encargué yo —decía el viento.— Se puso ropa que convenía a su ánimo varonil. Se vistió de mozo y fué a buscar un patrón. Fué avara de palabras, dura de mirada y dispuesta para la faena. Pero no podía gatear en los cables y entonces la eché al mar antes que nadie supiera que era una mujer. Y creo que estuvo bien hecho, dijo el viento.

—Era el día de Pascua, como cuando Valdemar creyó haber encontrado el secreto del oro rojo, cuando me pareció que cantaban bajo el nido de

la cigüeña. Era un salmo, el último de Ana Dorotea. No había cristales; sólo un agujero en la pared. El sol, como un ascua de oro, vino a ponerse allí delante. ¡Qué resplandor! Sus ojos se apagaron. Su corazón saltó. Lo mismo hubiera sucedido aunque aquella mañana el sol no hubiera brillado sobre ella.

—La cigüeña le dió techo hasta su muerte. Yo canté sobre su tumba—dijo el viento.— Yo canté sobre la de su padre. Yo sé dónde está, y la de ella también, fuera de mí nadie.

—¡Tiempos nuevos, otros tiempos! Lo que fué un camino es hoy un campo cerrado, y pronto tal vez vendrá la locomotora con su hilera de coches a pasar rebramando sobre las tumbas olvidadas como los hombres.

—¡Huíd! ¡Huíd!

—Esta es la historia de Valdemar Daa y sus hijas. Contadla vosotros mejor si podéis—dijo el viento, y dió media vuelta.

—Ya no está ahí.